

JOSÉ M. PEMAN

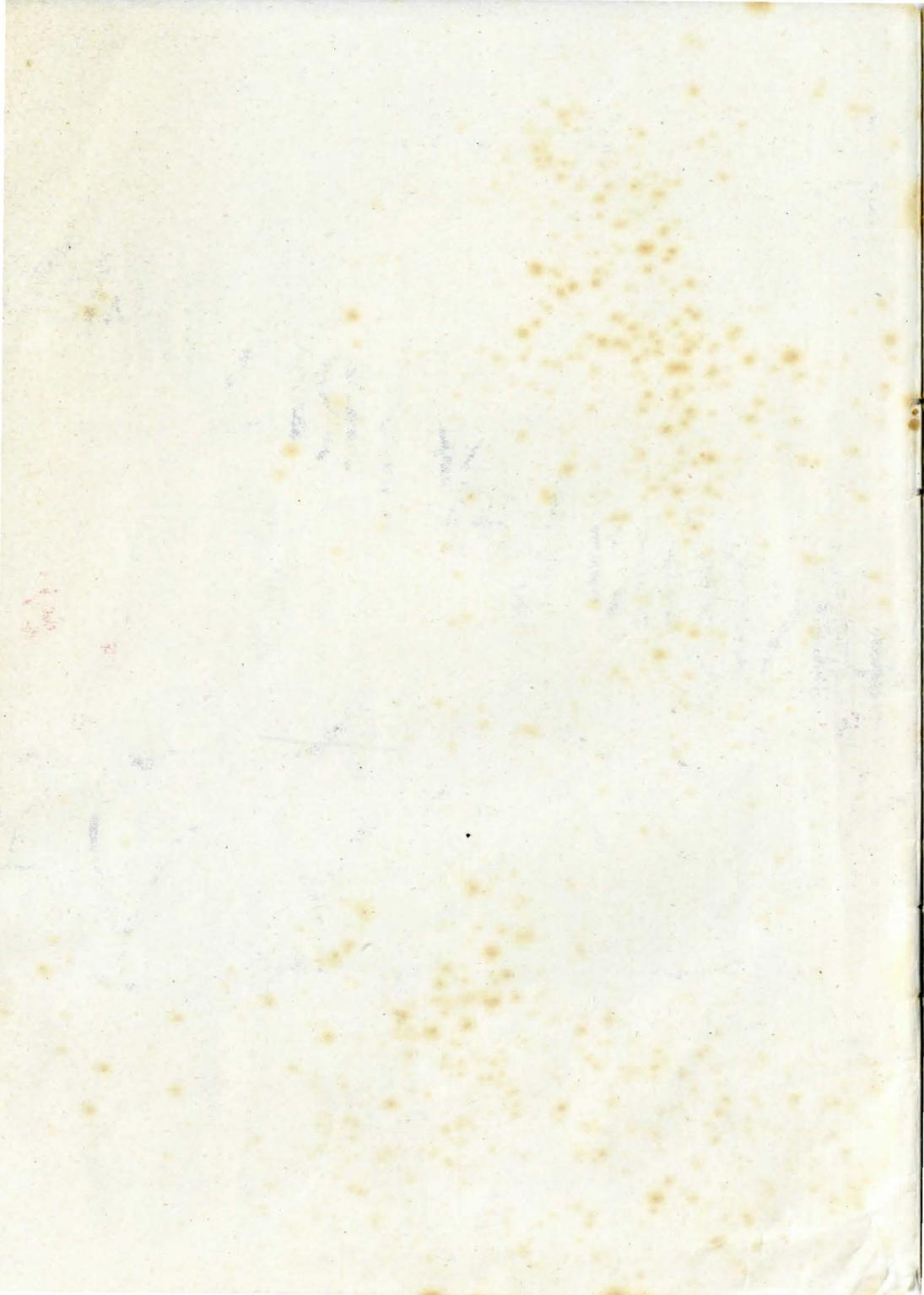
DE LA ENTRADA EN MADRID

HISTORIA DE TRES DÍAS



Ediciones -
"verba"

Félix Quijada



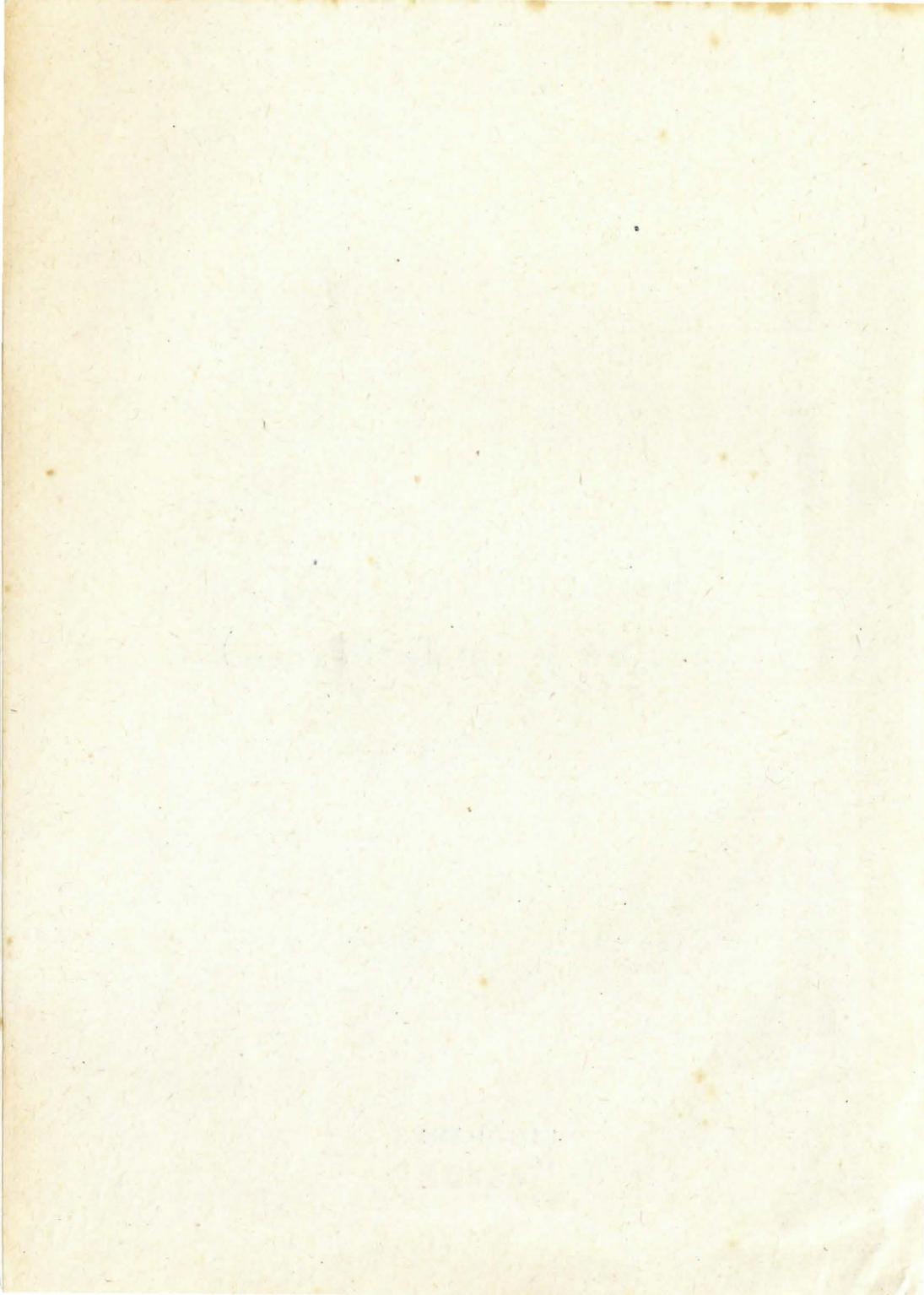
R.- 488

DE LA ENTRADA EN
MADRID

Historia de tres días
(27, 28 y 29 de Marzo)

EDICIONES
"verba"

Anaya
100



EN nuestro deseo de complacer a los numerosos lectores, que ya han tenido ocasión de saborear en diferentes periódicos estos cuatro artículos históricos del gran poeta nacional Don José María Pemán, hemos decidido su publicación en el presente folleto, que permitirá conservar la epopeya de aquellos días gloriosos en los que la invicta espada del Generalísimo Franco devolvió a la España heroica su Madrid martirizado.

"verba"

Colaboración y Ediciones

SIN retórica, poniendo las cosas sencillamente unas detrás de otras, os contaré esta historia de tres días: 27, 28 y 29 de marzo. Un poco tarde, acaso, llega esta crónica. Pero esos tres días son Historia, no son actualidad. Os contaré, “en romance paladino”, esos tres días tal como yo los viví. Serán estas crónicas un rayo, un ángulo, una nada, de la inmensidad gloriosa de esos tres días.

YO estaba el día veintisiete en Bargas, en la provincia de Toledo, donde tenía su Cuartel general, Solchaga. Había ido allí a presenciar aquel sector de la gran operación envolvente que estaba proyectada sobre Madrid. El sector de Toledo tenía por objetivos, más o menos inmediatos, según se presentara la resistencia del enemigo, Tarancón, Aranjuez, hasta venir a unirse a la altura de Alcalá de Henares, con las fuerzas que hubieran bajado hasta allí por Guadalajara. En el centro de esta gran circunferencia de ancho radio y líneas múltiples, quedaba Madrid como una incógnita, como una interrogación: ¿en qué momento, al sentirse envuelto, se rendiría y entregaría definitivamente?

La mañana del 27, amaneció limpia y despejada, con sol de corrida de toros. A las seis de la mañana había en el Cuartel de Solchaga, ese nerviosismo especial e inconfundible de los días de “rotura de frente”. Realmente, en la guerra moderna, la rotura de un frente es todo el secreto de una operación. Una vez abierto el boquete, el éxito está prejuzgado. Lo demás es persecución y ocupación que puede ser más o menos rápida o dura, pero que ya es cierta e inevitable.

Cada Cuartel general tiene su tipo y fisonomía inequívoca. El de Aranda, tiene aires de casa grande y principal, donde los huéspedes son obsequiados con rumbo principesco. El de Varela, es alegre, ruidoso, acogedor, con una exactísima y disimulada disciplina. El de Yagüe, es militar “cien por cien”, duro, vehemente, discutidor: campamento y almena. El de Solchaga, es como el trasplante de una buena casa navarra o alavesa. Tiene Misa todos los días y se ufana de su excelente cocinero. Los chistes cuarteleros se dicen por los rincones, y el General, paternal y sonriente, se hace el disimulado.

Aquel día, durante el desayuno, la conversación, planeando por diferentes temas, recaía siempre en un mismo campo de aterrizaje: la operación del día, la rotura del frente. Sin embargo, todos advertían que el nerviosismo de “día de bodas”—como llaman los militares a esta emoción de los inicios de batalla—estaba, en esta ocasión, como aminorada y suavizada por esa convicción firme de estar en el “principio del fin”, que desde la victoria de Cataluña se había apo-

derado de todos los espíritus. La noche anterior se habían recibido copiosamente órdenes y consignas del Alto Mando para el caso de que el enemigo presentara bandera blanca. El cyclostil burgalés había sido pródigo y minucioso en detallar y organizar la posible captura del enemigo rendido. Sin embargo, allá en Bargas, bajo el sol fiestero de la mañana, se esperaba todo de las ochocientas bocas de cañón que a lo largo del sector, habían de iniciar, a las seis de la mañana, el tiro de rectificación.

Ya éste, en efecto, había empezado como un trueno largo y seguido, cuando el general Solchaga, con la caravana de automóviles de su Cuartel, llegaba al puesto de mando. Era éste un montículo, admirablemente situado, con una gran visibilidad sobre los objetivos de la primera fase de la operación. Estos objetivos eran una larga cadena de collados y eminencias, que corría delante de nosotros separada por un valle donde acampaban las fuerzas que habían de efectuar la rotura del frente. Era tal la densidad de éstas en relación con la extensión del frente, con no ser ésta pequeña, que el problema—si el enemigo hubiese tenido armas ofensivas de artillería y aviación—hubiera sido el evitar el excesivo blanco que presentaba la aglomeración de las unidades. Afortunadamente, desde el primer instante se vió que el enemigo tomaba el peor y más indeciso de los partidos: no sacaba bandera blanca y contestaba a nuestra mitológica preparación artillera con unos cuantos disparos sueltos. Actitud impotente para la eficacia de ellos y suficiente para justificar nuestro ataque a fondo.

EFECTIVAMENTE, a las siete, tras una hora de tiro de corrección, empezó nuestro tiro de eficacia o de “incorrecta corrección”, como humorísticamente le llaman los soldados. Estuvimos, en efecto, incorrectísimos. Toda la raya sinuosa del horizonte por donde corría la línea del enemigo, se llenó de mechones de humo, tierra y piedras, tan continuos y prietos, que parecía que a la cordillera se le erizaban los pelos de espanto. No había un palmo de terreno libre del insistente machaqueo de plomo. Se perdía la sensación del disparo aislado y el oído no percibía más que un ruído seguido y grave de rulo: algo así como el levar de un ancla gigantesca.

Después de dos servicios de bombardeo de “Junckers” y una intrépida “cadena” que ametralló las líneas a pocos metros de altura, con graciosas curvas casi de baile, la preparación se dió por terminada. Eran poco más de las ocho de la mañana. La claridad del día era absoluta y el frío intensísimo. En aquel momento, en el puesto de mando todas las pupilas se pegaron, con ansia, a los cristales de los anteojos. Un instante brevíssimo de silencio total. Ni un minuto. Porque la infantería despegó de sus bases, sin una pausa entre su embestida y el cañoneo artillero. Despegó alegre, rápida, confiada. En menos de tres minutos se la vió coronar las primeras cimas. De ellas, como de una caja encantada, brotaba la milicianada hasta entonces invisible. Se abría en dos direcciones: una parte huía por los olivares que se veían en segundo término; otra parte con los brazos en alto corría, loma abajo, hacia nuestras líneas. Se cruzaban, en sentido

contrario, con nuestra infantería, que, sin mirarles siquiera, continuaba su ascensión. Sería un símil excesivo decir que se cruzaban como dos espadas en duelo. Nuestra espada atacaba alta, dura, a fondo. La de ellos, mellada y rota, se entregaba sin combatir.

Al cuarto de hora de haber despegado la infantería, el puesto de mando había perdido toda su visibilidad. El ataque a fondo de nuestras tropas las llevó rápidamente a segundos términos, fuera ya del alcance de nuestros anteojos. Las baterías habían enmudecido. Pasaban todavía bandadas de águilas, volando con susto e indecisión. Detrás de nosotros, Toledo, coronado de mechones grises de humo hogareño. Delante, en el valle, rebaño de carneros... En un cuarto de hora la égloga había sustituido a la epopeya.

LA tarde la empleé en acompañar al comandante Iñigo Arteaga, hijo de los duques del Infantado, que había de ir a las posiciones conquistadas durante la jornada, para enlazar el Cuartel de Solchaga con el del general Camilo Alonso. Por caminos ruidosos de camiones, mulos y baterías de montaña; vistosos de boinas y feces rojos, recorriámos los pueblos recién liberados. Al llegar al último de ellos, Mascaraque, nos encontramos con una españolísima y brava novedad. "Nos habíamos comido la orden": como ellos dicen. Con una marcha inexplicable de treinta kilómetros, nuestras tropas habían coronado los últimos objetivos

de la orden de operaciones del día, con sol todavía en el horizonte. Y había surgido la idea de apurar aún más la jornada gloriosa y dar un último empujón a Mora: cabeza de partido y ciudad de mayor importancia.

Faltaban unos doce kilómetros para llegar a Mora. No era posible hacerlos a pie. Entonces el general Camilo Alonso, con audaz improvisación, había decidido "motorizar" las vanguardias. Las tropas montaban rápidamente en camiones de Artillería. A la media hora la "columna motorizada" había surgido como de la nada: y arrullada de cantos morunos y coplas españolas marchaba hacia Mora. En el parabrisas del primer camión, un crucifijo.

El comandante Arteaga metió su coche entre los primeros camiones y un cuarto de hora después llegábamos a Mora. Como nadie pudo creer que se llegara en el día a un objetivo tan distante de las líneas rotas por la mañana, la milicianada huída de estas líneas y pueblos intermedios, estaba toda allí. Cogida de sorpresa sonaron algunos disparos a la entrada del pueblo. En un minuto la tropa estaba al pie de los camiones y se abría hacia los dos lados del pueblo, envolviéndolo. Nosotros entrábamos por la calle principal. Momentos después todos los disparos habían terminado y los vecinos del pueblo salían a balcones y puertas a ovacionar a los soldados.

"¿Cuál es Franco? ¿Cuál es Franco?"—gritaba una viejecita corriendo desalada entre el gentío. "Este"—le gritó un alférez humorista, señalándome a mí. Y la viejecita me besó la cara, las manos, los hombros y me mojó de llanto la piel

del capote... A tí, Caudillo, que tuyo es, te traspaso todo este botín de ingenua emoción.

POR la noche, mientras comíamos en el Cuartel general, se comentaba la operación. La rapidez de aquella primera jornada hacía pensar en prontos resultados definitivos. Pusimos la Unión Radio de Madrid. Varios oradores socialistas y una proclama de la Junta de Defensa, pronunciaban insistentes palabras de desastre: "serenidad", "evacuación".

Entonces yo rogué al general Solchaga, que avisase al Coronel de la Ciudad Universitaria, mi deseo de ir a la mañana siguiente a reunirme con él. Se discutía técnicamente si era prematuro o no mi propósito. Pero mi lega intuición de amor me hizo permanecer en él.

Y aquella noche fuí yo el que me acosté con nerviosismo de vísperas, en mi cuarto frío y requisado de Bargas, todo lleno de esos vestigios domésticos—retratos de familia, bendición papal, bordados de la niña—que como voces de paz, parecían preguntar con angustia al alojado de guerra: ¿Será ya nuestra hora?

TAMBIEN el cielo amaneció este día luminoso, riente, como si guardara un secreto. A primera hora de la mañana salí de Bargas, camino de la Ciudad Universitaria. Nada se veía por el camino que denunciara novedad alguna y el movimiento de tropas hasta Navalcarnero era escasísimo: mucho menor, desde luego, que en el frente de Toledo.

Lleno de dudas por todo esto y ya casi persuadido de que mi viaje era prematuro, paré en Móstoles donde había de recoger, en el Estado Mayor, el volante que me era preciso para pasar a la Ciudad Universitaria. Subí al piso desmantelado y cuartelero que sirve de improvisada oficina al Mando: y estaban allí extendiéndome el volante, cuando llegaron unos soldados de Transmisiones, pálidos de emoción, diciendo que Unión Radio de Madrid estaba emitiendo al grito de “¡Arriba España!”. Ya se puede imaginar el lector la alegría que inundó a todos. Me llené de la certeza jubilosa de que no había sido errada mi intuición de la víspera. Cuando con mi volante en la mano, salí precipitadamente del Estado Mayor, el aspecto del pueblecito de Móstoles había cambia-

do como por ensalmo. Grupos de soldados y paisanos hablaban por las aceras con el entusiasmo en los ojos. A la puerta de un establecimiento cercano al Estado Mayor, se agolaban hombres y mujeres, escuchando una radio que a toda potencia, lanzaba la primera emisión nacionalista de Madrid: Era una misma voz que repetía, con obsesión, como si no se cansara de saborearlas, las palabras gloriosas: "Madrid es de España y de Franco"... "¡Arriba España!".

El tono de esta emisión, lleno de gloriosa y alborotada improvisación, y la sorpresa misma que en el Estado Mayor había observado, me daban la certeza de que se trataba de un movimiento interior de Madrid. Nuestros hermanos de allí debían de haberse apoderado de los mandos de la capital y eran ellos los que radiaban aquellas voces, puesto que nadie hablaba de entrada de tropas ni ocupación por ellas. Fuera lo que fuera, pronto saldría de dudas. Aceleré mi coche y me dirigí, con toda velocidad, a la Ciudad Universitaria.

Había tenido la suerte de llegar en el justo y preciso momento en que la Unión Radio había empezado a lanzar la noticia: por eso la carretera y la entrada de la Ciudad Universitaria tenían su aspecto diario, francas y sin aglomeración de vehículos. Una sonrisa de alegre comprensión en los soldados de los controles, que parecía querer decir: "Ya sé dónde vas, madrugador", era toda la novedad del trayecto.

UN cuarto de hora más tarde, entraba mi coche en la plazoleta central de la Ciudad Universitaria. Aquí, sí, la emoción del instante era, aunque muda, inconfundible. Los dos tabores de Regulares de Larache que formaban la guarnición de la Ciudad estaban formados en la plazoleta. En el centro, con su gorra colorada y su chilaba de mezclilla gris y borlas verdes, el coronel Losa, enjuto, espigado, procurando no traicionar su emoción, entre su jefe de Estado Mayor y su ayudante. Me presenté a él y me aclaró la situación, que no distaba mucho de lo que yo me venía imaginando. A partir de las proclamas de la Junta de Defensa en Madrid, la noche anterior, hablando de la evacuación de la capital, los elementos nacionales del interior de élla habían empezado a movilizarse y aquella mañana habían ocupado, sin dificultad ni resistencia, varios centros vitales de Madrid. Ya desde hacía días los "pasados" cada vez más numerosos, anunciaban la descomposición de la ciudad y el abandono de las líneas de trincheras. A éstas habían llegado muchos de nuestros oficiales, y los ingenieros habían logrado localizar y cortar no pocas de las minas que las defendían. Aquella misma mañana algún oficial se había aventurado ya más al interior de Madrid y había vuelto con la noticia de que todo él estaba lleno de banderas blancas y empezaban a aparecer bastantes banderas nacionales. En vista de todo ello, el coronel Losa se había puesto al hablar con el Estado Mayor del Ejército del Centro, en Villar del Prado, pidiéndole autorización para iniciar la ocupación. De antemano, había enviado al interior de Madrid un alfárez y

varios soldados de Transmisiones, apenas “camuflados”, para que cuidaran de la Unión Radio. También había hecho que se filtrasen en Madrid unos camiones con emisoras y altavoces, de los del servicio del Frente. El coronel Losa, con gran sagacidad, previendo que de momento la ocupación tenía que realizarse con escasas fuerzas, quería tener prevenidos los medios de llenar de apariencia, sonoridad y ruído las primeras horas, en espera de los refuerzos que habían de llegar de las demás bases de ocupación.

ESTANDO conversando con el Coronel, llegó a la Ciudad Universitaria un nuevo grupo de “pasados” madrileños, entre los que venían varios conocidos míos. Traían acentuados hasta el límite máximo, los estigmas y características del evadido de la Zona roja: cara de hambre; temblor de emoción; canas prematuras; nebulosidad de la memoria; regocijo infantil ante un cigarrillo. Las noticias que nos dieron confirmaban plenamente las anteriores. Habían pasado las líneas de trincheras sin que les detuviera nadie. Traían incluso una documentación elemental, en unos impresos improvisados por la Falange de Madrid. En las solapas unas cintas rojas y amarillas. Empezaba ese milagro de la “resurrección” rápida, ingeniosa, tenaz, que es una de las grandes fuerzas de España.

“Como tardemos mucho en entrar en Madrid, es Madrid el que va a entrarse en nosotros”: comentaba el coronel Losa, ante la afluencia de “pasados.”

Tardaba la orden definitiva del Mando, que tenía que asegurarse, antes de darla, la inmediata, segura y fluida movilización de las demás bases. El Coronel se paseaba con pasos breves, entre sus soldados. Yo, con malicia, conociendo la maravillosa psicología, de celo y pundonor militar español, le hablaba que en las operaciones del frente de Toledo, el ala interior tenía por objetivo, aquel día, la ocupación de Aranjuez. Como las columnas iban motorizadas, si en Aranjuez no encontraban resistencia, ¿quién aseguraba que no siguieran a Madrid?... El Coronel cortaba su paseo nervioso y me miraba: "Esto de la primacía en poner el pie en Madrid, es una cuenta que se le debe a la Ciudad Universitaria", y recordaba los dos años dantescos: el roer de topo de la mina subterránea; luego, el silencio mortal, que indica que está ya puesta; enseguida, en la zona peligrosa, las guardias breves, relevadas de diez en diez minutos, porque los nervios no resisten más; especie de macabra lotería: ¿a quién le toca?... Y al fin la explosión y la lucha a la bayoneta por la ocupación o la explosión y conservación del embudo resultante. Hay capital conquistada que no tiene en su "parte" el número de bajas de algún boquete de cinco metros de radio de la Ciudad Universitaria.

El jefe del Estado Mayor interrumpe mi conversación con el Coronel. Le lleva aparte, le habla en voz baja. El Coronel, seguido del jefe y el ayudante, más una escolta de cuatro moros, toma rápidamente su coche. ¿Es el momento ya?... Pero no: no puede ser. Porque el Coronel no da orden alguna a los soldados ni me invita a subir con él al coche,

como me ha prometido para el instante de la ocupación. “Espérese aquí un momento”, me ha dicho: y ha salido a toda velocidad.

“¿A dónde va?” —“Esa es la dirección de las primeras líneas”. Ni un cuarto de hora ha durado la curiosidad que se lee en todos los rostros. Antes de ese tiempo, el Coronel regresa. Ahora viene a pie, con sus oficiales. Los moros, fusil en mano, se han abierto de dos en dos: y entre ellos, delante del Coronel, marchan ocho o nueve jefes rojos, correc-tarnente vestidos de uniforme, intensamente pálidos y con la frente baja. Es el Estado Mayor de Madrid, que acaba de venir a entregarse. Falta Casado, que marchó anoche a Valencia. El silencio de la plazoleta es absoluto. Cruzan ante los tabores formados sin atreverse a levantar los ojos. El coronel Losa se vuelve a sus soldados y grita con voz firme: “¡Viva Franco!”, “¡Arriba España!... En el Estado Mayor vencido oigo algún débil y acongojado: “Arriba”.

El Coronel hace pasar a los prisioneros al Hogar del Soldado, pulcrísimo bar o casinillo que al cuidado de las chicas de Frentes y Hospitales, ha sido como la sonrisa de aquella *Cittá dolente*. Los militares rojos entran en aquel saloncito de colores claros y suaves, sin letreros de odio ni retratos bigotudos y moscovitas. A la puerta el Coronel, llama a las chicas que cuidan del bar.

—Preguntadles si quieren café o coñac...

Alguna frunce el ceño entre sus tocas blancas y almidonadas. Le asesinaron un hermano... No puede vencerse. Pero el Coronel insiste con entereza:

—Somos españoles. Hay que hacer honor a nuestra tradición de hidalguía...

Minutos después, las manos de las chicas de Frentes y Hospitales agitaban una cotelera, en el mostrador del bar. Los jefes derrotados bebían en silencio. Al salir del bar, la chica se cuadraba ante el jefe: "Servido, mi Coronel"... Y sobre su capa verde, al sol, lucía su emblema con la Cruz y la rama de olivo.

El coronel Losa permaneció hasta veinte minutos encerrado con los prisioneros. Tomaba las últimas informaciones convenientes para la ocupación. Luego estuvo unos minutos más en su oficina, telefoneando con el Alto Mando. Al fin tornó a salir a la plazoleta. Dió unas instrucciones a los jefes y los tabores empezaron a moverse. Me invitó a pasar a su coche con su jefe de Estado Mayor. Delante iba un motorista. En el estribo de nuestro coche, de pie, el ayudante del Coronel. Detrás otro coche con la escolta de moros y el mío con Villén, mi secretario, y mis víveres. La pequeña caravana arrancó a una velocidad media. El Coronel dijo con naturalidad a su chófer:

—A Madrid...

II

ERAN poco más de las tres de la tarde cuando la pequeña caravana automovilística que describí en el artículo anterior arrancaba de la Ciudad Universitaria. Como los tabores de Larache marchaban a pie, bien pronto la caravana se distanció de ellos y dos o tres sacudidas vio-

lentas nos advirtieron que pasábamos sobre las líneas de trincheras, cegadas ya por nuestros zapadores, de lo que había sido hasta aquella mañana el “frente de Madrid”.

Desde aquel momento, a un lado y otro de nuestro trayecto, empezamos a ver un enorme gentío que se hacia más apretado y denso a medida que nos internábamos en la capital. El pueblo tiene una idea elemental y esquemática de la ocupación militar de una ciudad y esperaba en dos filas, haciendo calle, como en liturgia de procesión y desfile, el *ritorna vincitor* de los auténticos españoles. Las gorras rojas del coronel Losa y de sus acompañantes —sobre todo la del alto ayudante que de pie en el estribo la agitaba en el aire—eran los primeros indudables emblemas del Ejército Nacional que veía aquella muchedumbre estacionada e impaciente. Además, en el coche de escolta, lucían cuatro morazos grandes y morenos. Para que todo estuviera, mi secretario llevaba la boina roja y la camisa azul. Nada faltaba, pues, para que, en representación y miniatura, el público pudiera saciar sus ansias de ver y vitorear a las tropas de Franco. “¡ Ya están ahí !”, “¡ Ya son ellos !”: este fué el prólogo lacónico y agudo que precedió a un verdadero asalto a nuestro automóvil, donde hombres, mujeres, niños y muchachas rivalizaban en destreza para subirse a los estribos y al “capot”, meter los brazos por las ventanillas y estrechar y besar las manos de los oficiales. Verdaderos racimos humanos adornaban los dos lados del coche. Su paso era de tortuga, tanto por no atropellar la creciente muralla humana que le rodeaba, como porque los entusiastas asaltantes cubrían a menudo el parabrisas y cegaban al mecánico. Sobre

aquel delirio, flotaba un solo y unánime comentario: “¡Gracias a Dios!”. “¡No saben ustedes lo que ha sido esto!”... Sin que, alguna vez, faltara la “salida” castiza, madrileña, denunciadora, también, al cabo, de la íntima y frívola tragedia de muchos: “¡Viva Franco! ¡Arriba España!... ¿Tienen ustedes tabaco?”.

Porque desde el primer encuentro escandalizábamos con nuestra insultante apariencia de millonarios a aquel pueblo escuálido, amarillo, hambriento. A mi secretario le pedían, casi con lágrimas, los víveres que llevaba en el techo del “auto” y hubo que disminuirlos repartiendo varias latas de leche condensada y de conservas. A mi mecánico le ofrecían un duro “bueno” por el cigarrillo mismo que llevaba, mediado, en la boca. Sin que faltara alguno más idealista que reprendiera este ansia, diciendo: “He estado sin fumar dos años a la fuerza... ahora estoy dispuesto a estarme otros dos, por mi voluntad, en acción de gracias a la Virgen de la Paloma”.

POR las rendijas de la muralla humana, a medida que avanzábamos, veíamos el aspecto de Madrid. Casi todas las casas lucían ya colgaduras y banderas nacionales. Ya había letreros de gratitud a Franco, emblemas falangistas y empezaban a aparecer retratos del Caudillo y de José Antonio. Los rótulos y carteles de la propaganda marxista apenas aparecían ya. Se advertía en la ciudad varias horas de intensa purificación. Y a cada momento, camiones

trepidantes cargados de muchachos armados, luciendo la boina roja o el brazalete con el patético rojinegro. Se repasaban, otra vez, las estampas de hace dos años y pico: de los dieciochos de julio de cada ciudad o rincón. No estaba mal el recuerdo al cabo de tantas horas de forzoso desgaste de nervios. La paz comenzaba con el mismo aire militar y vigilante con que comenzó la guerra. Esta es una ventaja de esta forma de conquista palmo a palmo, a que nos han obligado: que cada día hemos tenido que renovar el entusiasmo inicial. El "liberado" de cada jornada impedía el entumecimiento del "veterano". Hemos vivido a régimen de continua transfusión de sangre. Por eso conservamos en el último día la mocedad del día primero.

HABIAMOS desembocado por la anchura de la Gran Vía. El entusiasmo crecía en proporciones de locura. En el Capitol, donde el Coronel pensó situar su puesto de mando, paramos apenas un minuto para informarnos de dónde está situado el locutorio de la Unión Radio. Nos dicen que al final de la calle Serrano, más allá de "A B C". Es un buen camino para recorrer Madrid de punta a punta: atravesándolo como en una gloriosa transverbación. Ahora, el ayudante, siempre agitando su gorra escandalosa, abre paso, montado a ancas del enlace, en la motocicleta. Como el público no esperaba este itinerario, la velocidad se hace mayor y tenemos ocasión de sorprender en su intimidad al Madrid recién despertado de su pesadilla roja y todavía no ocupado militarmente. Cruzamos ante la Cibe-

les, oculta, con pretexto de defensa antiaérea, bajo un mogote de tierra y ladrillo. Viramos por la calle Serrano. Podemos sorprenderla antes de que nos conozca, con sus colgaduras improvisadas, sus caras alegres, sus encuentros, abrazos y felicitaciones de los transeúntes.

Momentos después, nos apeábamos al final de la calle Serrano, ante el locutorio de la Unión Radio. Unos falangistas madrileños hacen guardia. Su emoción al ver los soldados de Franco es inmensa; pero tratan de superarla con la rigidez militar del saludo y la tiesura del "firme." Saborean los nuevos gestos liberadores. Están en la "luna de miel" del servicio, la disciplina y la dignidad.

El locutorio de la Unión Radio está intacto: con sus terciopelos color de miel y su mobiliario de madera clara y brillante. Unas señoritas y el alférez de Transmisiones, enviado a primera hora, mantienen la temperatura del micrófono con gritos y soflamas. Han tenido alguna otra colaboración espontánea. El cronista "Spectator" ha dado unos gritos entusiastas a primera hora, y el coronel Ríos Capapé, que ha entrado, casi solo, desde su base de Carabanchel, ha dicho también unas palabras tajantes. Ahora el coronel Losa dice unas frases sobrias, con elocuencia de soldado, y anuncia que están entrando las primeras fuerzas nacionales. Luego me cede el micrófono. Momento de máxima emoción en mi vida. Tengo ante mis labios el micrófono niquelado de los "partes" embusteros, de las calumnias marxistas, de los versos obscenos de Alberti, de la voz repulsiva de Medina. Lo purifico con un primer "¡Viva España!" y luego dejo hablar unos breves minutos al corazón.

AL recorrer, de vuelta, el trayecto de Serrano, la Cibeles y calle de Alcalá, advertimos el efecto de la rápida emisión. Si quedaba algún Santo Tomás remiso que necesitaba “ver para creer” y andaba remolón ante aquella ocupación original, con más gritos que tropas, al escuchar, en Madrid, al Coronel de la Ciudad Universitaria y un paisano, se le desvanece todo recelo. Ante el Capitol, donde volvemos a parar, el gentío se ha duplicado. Los moros de escolta pueden apenas mantener un semicírculo libre en torno del Coronel y nosotros, que nos colocamos en la acera ante el rascacielos escogido para Cuartel general. El coronel Losa no entró siquiera a disponer las cosas: no quiere “perderle la cara” al pueblo y se mantiene en la acera, supliendo con sonrisas y vivas la fuerza militar aún de camino. De vez en cuando, advierto que sin variar su sonrisa confiada, se inclina hacia su ayudante, y al socaire de un “¡Arriba España!”, le pregunta: “Pero... ¿y ese tabor?”. “Ese tabor”, según dicen los enlaces, avanza y está ya del lado de acá de las líneas: es el entusiasmo popular el que le impone a su paso una gloriosa lentitud.

El Coronel idea nuevos fuegos de artificio para mantener la tensión delirante. Hace que se acerque un camión de Radio ambulante de los que se introdujeron por la mañana. Sube a él y vuelve a arengar a la gente. Luego, torno yo a gritarles cosas de Dios, de la Patria, de Franco y de la Primavera. Unos discos de los himnos nacionales desinfectan el aire de Madrid, achabacanado de malos chin-chines.

Todavía el Coronel, completando aquella previa ocupación del Amor—prólogo de la otra de la Fuerza—, se pasea,

a pie, entre el gentío. Estrecha manos, contesta preguntas, sonríe. Pero su paseo no divaga al azar. Se dirige, por donde vinimos, hacia el encuentro de las tropas. Estas aparecen, en efecto, frente al Palacio Real. Allí está una primera sección de ametralladoras. Los oficiales hablan brevemente con el Coronel. Todo está en regla. Se van tomando los sitios designados. La ocupación de Madrid es una obra equilibrada y maestra de confianza y precaución.

Cuando un poco después, siempre a pie, desembocamos por la calle Mayor en la Puerta del Sol, ya hay ametralladoras en los ángulos de ésta. El entusiasmo, en ella, excede a todo límite. Casi excesivo. El arracimado balcón de Gobernación, el júbilo verbenero, recuerdan demasiadas estampas alternativas, gemelas de forma y de fondo contradictorio. No importa. Ya se meterá todo esto en perfiles más serios y clásicos. Hay que condescender hoy con estas horas de casticismo. Al fin y al cabo, éste es el salto de agua que hemos de canalizar y convertir en energía y aprovechamiento.

Hemos tocado, con la Puerta del Sol, el corazón de la urbe. Allí—allí tenía que ser—encontramos a los generales Saliquet y Espinosa, que abrazan al Coronel. Madrid está ocupado para España y para Franco. El resto del día es un continuo renovarse de jubilosas manifestaciones.

Por la noche, la paz es tan absoluta, que con una leve escolta puedo volver al apartado locutorio de Unión Radio, a hacer ante el micrófono un resumen del día. La Castellana se ilumina espléndidamente. Brigadas de pontoneros trabajan en descubrir la Cibeles. No hay un “paco”. Sólo se oyen, lejanas, las detonaciones de las minas del cinturón de Ma-

drid, que nuestros ingenieros van haciendo saltar intencionadamente.

De madrugada, al pie de la ventana de mi cuarto, oigo unos golpes secos y continuos, como de alguien que escarba y socava. En buena técnica novelística, aquello debería ser un malhechor que iba a minarme el dormitorio. La realidad, entrevista por mí al través de los visillos, es muy otra: un viejecito con un hacha trata de arrancar un último muñón de tronco que allí quedaba de un árbol arrancado, sin duda para hacer leña. Era una postrera estampa olvidada del "Madrid rojo". Nosotros, en cambio, hablamos todos los días de repoblación forestal... Sin más fraseología doctrinal, los regímenes podían dividirse según plantan o arrancan los árboles.

y 29 de Marzo

ESTA última crónica de mi historia de tres días—correspondiente al 29 de marzo—, ya no es crónica de Guerra. Es crónica de Paz. De esa Paz rápida, improvisada, genial, con que las ciudades españolas se recobran a sí mismas después de la liberación. Luego viene la Paz lenta, organizada y dirigida técnicamente. Pero los primeros días es la Paz de la iniciativa privada, del recurso ingenioso. La Paz en que muestra toda su fertilidad el magnífico y peligroso individualismo español.

La aurora del 29 de marzo, la alegraron, como trinos de pájaros, la voz de los vendedores que pregonaban por las calles los viejos diarios del honor. “¡Ha salido “A B C”!”... “¡Ha salido “Ya”!”... Y habían salido, en efecto, como sale la yerba en Otoño: improvisados por los mismos obreros. Todos ellos ponían en su cabecera un número que enlazaba, impertérrito, con el de 17 de julio del 36. Borraban de un plumazo la pesadilla intermedia. Y hasta procuraban, en sus fondos, no engolar demasiado el tono para contestar así, con la serenidad leonina de un “decíamos ayer”, a los que creyeron que el ayer podía olvidarse y que todo lo iban a decir ellos en un hoy improvisado y frívolo.

Porque todo el Madrid pacífico, animado, del 29 de mar-

zo, era eso: como una refutación viva de esa gran negación roja de la tradición y el pasado. No es posible. La vida no se corta, no se salta. La vida “vuelve” siempre con una tenacidad vegetal. En cada ventanilla, cada conserjería, cada mesa de oficina reaparecían aquellas mañanas los rostros, blancos de hambre y escondite, de los antiguos destinatarios. No parecía aquello una reaparición voluntaria, sino física, fatal, climatológica. Más que volver, parecía que rebro taban. El “Palace”—hospital rojo—estaba todavía lleno de milicianos que se paseaban cohibidos por el “hall”, y ya en la conserjería, sin un papel ni una llave, o al lado de los ascensores, sin corriente eléctrica, reaparecían los antiguos servidores. No tenían nada que hacer. Pero venían a eso: a “estar” donde estuvieron siempre; a reanudar la vida; a servir a la gran ley espiritual y física que explica las tres cuartas partes del Mundo.

Desde temprano, atravesando las calles, donde continuaba la animación y el entusiasmo de la víspera, me dediqué a recorrer la ciudad. En seguida advertí que la noche, aparentemente tan quieta y silenciosa, había sido de gigantesca labor. La circulación madrileña, sobre todo por el centro, con gran asombro de los liberados, volvía a ser la misma trepidante y congestiva de antes. Y se podía advertir que más del ochenta por ciento de los vehículos que circulaban, eran nacionales y recién llegados. Camiones de *Auxilio Social*, de *Frentes y Hospitales*, de *Recuperación*, por todos lados. Letreros de fraternidad de todas las provincias. Caras amigas de todas partes. España se había entrado en Madrid durante la noche.

EN punto al estado y situación de Madrid, pude advertir, pronto, que la realidad se mantenía equidistante de todas las exageraciones. Hay partes de Madrid que por haber sido frentes de Guerra, han quedado preparadas por la Guerra para una gran restauración urbana en la Paz. La Guerra terraplenó para que la Paz haga chalets y jardines. Hay mucha parte de Madrid que tapándole unos boquetes y poniéndole unos cristales, estará lista en seguida para la vida normal. La impresión de resumen es la arbitrariedad y desigualdad que corresponde a una urbe que ha pasado no por un estado revolucionario, sino por un desate de anarquía. Hay quien encuentra su casa vacía y saqueada; hay quien encuentra hasta el último papel. La casa particular del marqués de Luca de Tena está furiosamente destrozada. En su despacho intacto de "A B C" se conservan, en una anaquelería, al lado de su mesa, donde él los dejó, libros de Calvo Sotelo y Maeztu con la firma y dedicatoria de sus autores. Es en todo la huella de la anarquía. No se vé en Madrid un plan organizado: sino la libre inspiración opinionista de cada jefecillo y cada miliciano. Aquél prefería destrozar las imágenes, aquél los libros, aquél las butacas. El uno optaba por utilizar la cama, el otro por calentarse con ella. Y no faltaba alguno que prefería respetar las casas "por cultura", sin perjuicio de asesinar a sus dueños. Ni en la destrucción tuvieron disciplina. Todo Madrid tiene sobre sí la huella de un regodeo sádico, desorganizado, individualista: en el que perdió y embotó una fuerza que era—ya puede decirse—, en julio del 36, tan temible y superior a la nuestra.

Al lado de iglesias e iglesias devastadas y quemadas,

encuentra uno la parroquia de San Jerónimo, por ejemplo, convertida en depósito de la Reforma Agraria: llena de sacos de semillas, granos y aparatos agrícolas, delante de los altares, intactos, sin más novedad sino que las imágenes todas han sido vueltas, de cara a la pared.

Al lado del saqueo anárquico, se encuentra el expolio metódico y sabio, como el del Museo del Prado. A las pocas horas de liberación, mis pasos resonaban por sus salas frías y silenciosas. El primer aspecto es desolador: paredes y paredes vacías, con las huellas de los antiguos cuadros. El que era asiduo visitante del Museo, vivifica imaginativamente, con facilidad, los huecos vacíos. Sus dimensiones conocidas y sus rincones amados se pueblan de imágenes venerables: ¡las *Lanzas!*... ¡las *Meninas*!—¡pobres *Meninas*, tan frágiles y cortesanas, entre los chaquets advenedizos de Ginebra!—... ¡el *Carlos V*, de Tiziano!... Pero volverán pronto. Como volverá el oro, como volverá todo. Seremos fuertes para exigirlo. Y las recibiremos con aquel mismo gesto elegante de vencedor con que el marqués de Spínola recibía las llaves de Breda en el testero, hoy viudo, de la Sala de Velázquez.

Sin embargo, esta primera impresión de las paredes totalmente desnudas, se atenúa un poco cuando se informa uno de que no todos los cuadros que faltan en las paredes, han emigrado. Gran parte de ellos están amontonados en los sótanos, en unión de varios millares de otros cuadros recogidos de casas y colecciones particulares. En los sótanos pude ver alguno de los lienzos de primera categoría del Prado: la *Anunciación*, de fray Angélico; el *Pasmo*, de Ra-

fael. Sin embargo, la regla general es que el expolio ha sido sabio y técnico y los cuadros que faltan son, indiscutiblemente, los más famosos y mejores.

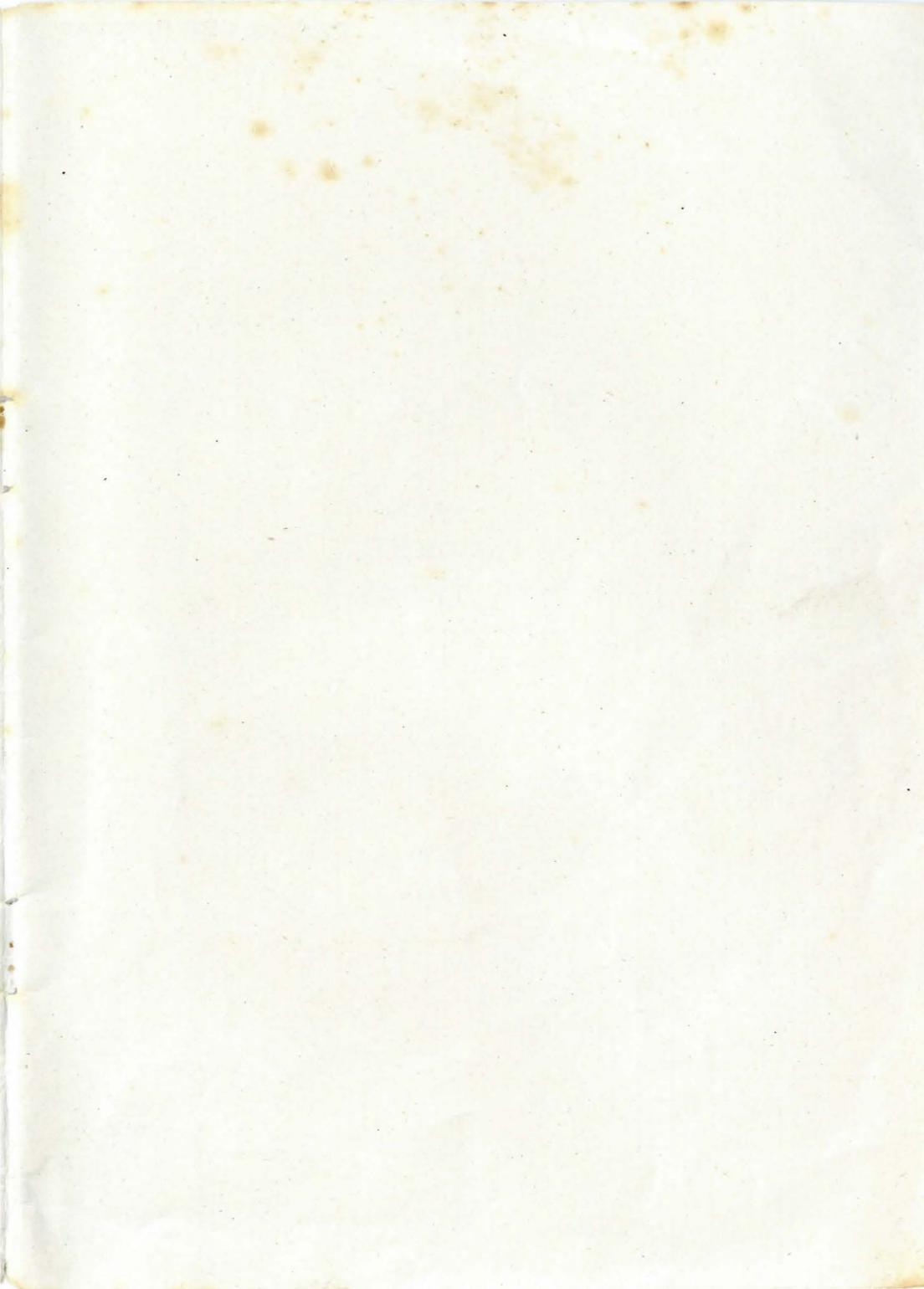
Lo mismo ocurre en El Escorial: a donde fuí a prima tarde, por caminos inseguros, saltando el "auto" trincheras cegadas y alambradas de espinos abatidas. El Mando Militar, que, ocupado en la organización del pueblo de El Escorial, no había tenido aún tiempo de registrar el Monasterio, tuvo la gentileza de abrir sus puertas para mí. Acompañado del cronista "Justo Sevillano", tuve, pues, el honor de poner; el primero, mi pie en aquellos suelos venerables, ya liberados. Mi corazón temblaba ante cada cerradura, que al abrirse sonaba, bajo las bóvedas, como una interrogación. Pronto pudimos comprobar que el estado del Monasterio era bastante satisfactorio. El Panteón de Reyes está intacto: acaso su callada majestad de siglos detuvo a la bestia. Lo que sí ha habido en la sacristía, en la biblioteca, en las habitaciones reales, es el mismo expolio sabio y metódico. Faltan una veintena de cuadros, pero son los mejores del Monasterio. El *San Mauricio*, del Greco; los dos *Boscos*; el *Descendimiento*, de Van der Weyden. Falta el magnífico relicario gótico. Faltan, en la biblioteca, los mejores miniados de la vitrina. Ese expolio ha sido la última etapa de esa participación que en la revolución roja ha tenido, desde su origen, la intelectualidad. Empezaron por el halago frívolo a la masa; terminaron por la complicidad técnica de sus robos.

AQUELLA tarde, de vuelta en Madrid, se improvisó una ceremonia íntima en homenaje y recuerdo de los grandes precursores del Movimiento. Nada oficial todavía. Los elementos oficiales estaban totalmente embarazados por la gigantesca tarea de la ocupación de Madrid. Nos reunimos un grupo de unas veinte personas; académicos, escritores, amigos, jerarquías del Movimiento. Fuimos a la casa donde vivió José Antonio. La encontramos totalmente desierta: con señales de haber sido centro de juventudes libertarias. Subimos, en silencio, las escaleras, llegamos al cuarto pequeño e íntimo, que fué despacho del fundador de la Falange, y allí, sin más rito, regamos en el suelo unas ramas de laurel. Luego fuimos a la casa trágica: a la de Calvo Sotelo. Habían querido borrar de ella, como un remordimiento, toda solemnidad y estaba convertida en oficinas de la Diputación de Madrid. La desfiguraban cristaleras y ventanillas burocráticas. Varios empleados tecleaban en sus máquinas. Se levantaron y se apartaron contra la pared, con extrañeza, al vernos entrar. Sin dirigirles la palabra, llegamos al gabinete donde Calvo trabajaba y lo regamos también con laurel. Lo mismo hicimos, después, en la que fué biblioteca de Ramiro de Maeztu: tras haber saltado alguno por la ventana de la casa y forzado la puerta, que estaba cerrada con llave. Lo mismo, por fin, en el piso de Víctor Pradera. Allí estaban todavía varios refugiados rojos, que nos miraban con asombro. Olía la casa a cuartel, a campamento de gitanos. Cuando nos íbamos, los “refugiados”—mujeres con niños en brazos; hombres pálidos e in-

quietos—andaban con gran cuidado de no pisar aquellas extrañas ramas de laurel que llenaban el suelo...

Por la noche, la sensación de normalidad era, en Madrid, absoluta. Las calles centrales estaban espléndidamente iluminadas y animadísimas de circulación. Funcionaban nueve teatros. Entré al paso, en uno de ellos: Pardiñas. Cantaban *Doña Francisquita* y estaba totalmente lleno. El empresario vino a verme y me regaló como pieza curiosa, para mi museo de guerra, la hoja de liquidación de aquel día: "29 de marzo de 1939: entrada de taquilla: diecisiete mil ochocientas pesetas".

TERMINO estos artículos, con esa cifra elocuente: que habla por sí sola, de todo lo que hay en España de energía aprovechable y de peligrosa facilidad excesiva. Hay que utilizar esa tenacidad magnífica de la vida española y evitar que caiga en un frívolo: "aquí no ha pasado nada". Hay que impulsar la Paz y acordarse de la Guerra... Tarea de equilibrio, de pulso. Para lograrla, Dios nos deparó la serenidad impertérrita de Franco y los recursos geniales de España. Con estos ingredientes lograremos esa obra maestra que soñamos, superadora de todas las fórmulas de la hora, equidistante de todos los enfoques parciales: obra cristiana, humana, nacional, rígida, comprensiva... Que sea esta nuestra súplica al Señor, al terminar este triduo glorioso del 27, 28 y 29 de marzo.



PRECIO: 1'50 PESETAS

IN PRINCIPIO
ERAT VERBUM



**Moreno de Mora, 4
CÁDIZ**